EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "El Hombre"

REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1828

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 22 DE JUNIO DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 87

Anhelo de libertad

Apesar de las diferencias de actividad y de sentimiento que a cada paso hallamos entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo, entre raza y raza, existe, sin embargo, en todos los hombres y al través de distintas épocas, una concordancia de evolución perfectamente típica, algo así como un instinto genérico, un ritmico modular vital que unifica en un mismo plan los desenvolvimientos progresivos que se han ido realizando, que se realizan hoy, o puedan realizarse sucesivamente en los dias de todo el futuro. El deseo de progreso es universal.

En todas las latitudes, bajo los más opuestos climas, las colmenas humanas evidencian perseguir un mismo objetivo; así lo demuestran sus normas de desarrollo económico, evolución política y progreso moral, cual si una misma ley presidiera, en el correr del tiempo, todos los fenómenos, y los subordinara enteramente a su rígido determinismo. Una evidente unidad arquitectónica en los mitos de los más distantes pueblos de la tierra, los mismos accidentes políticos, parecidos pasos en el camino de la economia social, similares inquietudes morales, indicanos que existe unidad de procedimiento en las vias del progreso, y que es común, el anhelo de libertad, de belleza, y la tendencia a la economía del esfuerzo por la asociación de energias, o sea la solidaridad.

Todos los antropólogos y sociólogos coinciden en la demostración, de que, «la cultura humana, avanza en proporción a como el hombre economiza sus fuerzas por el uso de herramientas y por la unión para el auxilio mutuo», pero no dejan de señalar también, que, «tal economia exige siempre un gradó cada vez más superior de educación».

Los pueblos, alcanzan las etapas de sus desenvolvimientos pregresivos en horas históricas diversas, correlativamente a la marcha de su educación.

Algunos soñadores han pretendido no obstante, fundamentar su creencia en un conflicto universal, en una explosión simultánea que llevase a única solución los múltiples problemas que envuelven e inquietan al hombre.

Su principal argumento, lo edificaron sobre esa común tendencia a la libertad y a la belleza, sobre esos sacudimientos, esos conatos de independencia que de cuando en cuando revelan en su seno todos los pueblos de la tierra. El apoyo mútuo, supónese capaz de ser cultivado de un modo general entre los trabajadores de los diferentes pueblos, pueblos que están, como se sabe, en planos de cultura muy distintos, aferrados todavía a prejuicios sociales, costumbres e ideas, sino antagónicas, cuando menos muy distantes unas de otras en lo que concierne a punto tan progresivo como es la idea de solidaridad.

Los pueblos, tienen, sí, idénticas necesidades de progreso, pero como actúan en distintos planos, como no marchan en una misma edad, es imposible una armonización ideológica que haga factible siquiera la coordinación de un plan de liberación universal. Apesar de argumentar cuanto se quiera en favor de una revolución universal, hay que convenir que existen diferencias de cultura y por lo tanto de ideas y sentimientos, no solo entre razas como la blanca, amarilla y negra, sino aún entre divisiones regionales de una misma raza, siendo quizás esa desigualdad en la educación, uno de los más poderosos factores de la actual catástrofe europea.

Apesar de no existir el medio que sea capaz de realizar la felicidad universal, no deja de ser cierto que, existiendo el anhelo mejorativo en todos los seres, pueda la educación orientar a los hombres en la solución de muchas de sus necesidades, con arreglo a la altura de civilización en que se encuentren en el momento dado y al caudal de ideas que se hallen presentes contra las fuerzas de estabilidad social.

Las huelgas y la ley

Cuantos han pretendido legislar sobre problemas obreros, arguyeron siempre que, la ley, no perjudica al capital ni al trabajo, y antes bien beneficia a entrambos. La tesis que en ese caso se emplea como lógico justificativo, se fundamenta en los importantes emolumentos que en concepto de salario deja de percibir el obrero que está en huelga y, por la otra parte, también el capital pierde ingentes sumas en una forzosa paralización. El legislador, supone, entonces, que la ley importa un sensible mejoramiento en las relaciones del capital y el trabajo, y vislumbra en ella el instrumento de una posible armonía social. El legislador se equivoca, no obstante.

En lo que atañe a los obreros, es decir a la pérdida de sus salarios, que es lo que más importa, es conveniente que no suceda siempre así. Los trabajadores, salen perjudicados de los conflictos que sostienen con el capital porque aún no se han acostumbrado a exigir, cuando se triunfa, los salarios de los dias de huelga. Si esto sucediera, y sucederá tan pronto como se desenvuelva la organización a un punto más alto; entonces la armonía forzada que impone la ley desaparecerá para dar lugar a luchas cada vez mayores, a conflictos de intensidad creciente.

Los conflictos sociales no pueden terminar por la influencia de la legislación. Ellos tienen factores más importantes que radican en el sistema social vigente, en el método económico deplorable, que como es sabido solo beneficia a una clase social. En tanto, pués, no se toque el régimen, los conflictos serán permanentes, segun sean las fuerzas que en ellos tomen parte y la acción que desenvuelvan.

Las dos tendencias

Hay dos tendencias en el anarquismo. Dos tendencias, que, «cavan cada dia más profunda división entre ellas»... Una, es cosa de viejos, lo «confia todo a la instrucción, y lucha por encerrarse en un aula con los obreros»...; la otra, por lo contrario, es cosa «de la loca y ardiente juventud», es, «la que confia preferentemente en la revolución, y lucha por el levantamiento inmediato de los oprimidos, ambicionando destruir a los opresores». ¡Magnífica ambición!...

Lo malo que tiene la citada tendencia, es que la revolución no se hace sola, ni es una cuestión que pueda confiarse a una literatura de posturas y acrobacias gauchescas.

Una revolución que ambiciona destruir a los opresores y libertar a los oprimidos, debe estar fundamentada en algo más positivo que cuatro frases de efecto volcadas desde lo alto de una mesa, o puestas en la punta de una pluma bien cortada. Pero, hasta ahora, y van unos años, la revolución que se pregona, que se grita en la plaza pública, que se viste de palabras sonoras y adjetivos fuertes, que conjuga el verbo «destruir» con mucha frecuencia, es un telar de términos, donde, con ilusiones, se tejen frases, se redondea párrafos, y se hace el gasto de virilidad... literaria.

Las revoluciones no se hacen solas, ni los oprimidos se libertan a golpe de puños o con los dientes, ni es suficiente, templar el nervio, fortificar el músculo, darle gusto a la mano hasta que se canse en carne blanca y blanda de burgueses. Si así fuera ¡caramba! ya hace mucho tiempo que los hombres serían ángeles y el mundo gloria; pero lo cierto, lo seguro, es que la revolución anarquista no es cosa de caudillos ni de su oratoria inflamada y profética, es cosa de ideas, y hay que gestarla, entonces, con razones, con verdades, con luces.

Van muchos años corridos de prometer la revolución, de amenazar con ella, de gritarle a la burguesía que todo está preparado...; pero la verdad es, que ya no se asusta a nadie con tales declamaciones.

Tanta prédica de revolución, tanto llamado al pueblo, tanto azuzarlo con el odio, tanto prometerle la felicidad, ya no es suficiente. El pueblo tiene derecho a la instrucción, quiere saber para que se demanda su esfuerzo, quiere marchar, pero por sí mismo, hacia una transformación consciente. La era del caudillismo ha pasado ya. Bastante mal le ha hecho al anarquismo. Y, si nó ¿de qué le ha servido al anarquismo de América tanto chillido, tanta griteria? ¿Qué ha quedado de todo eso? ¿Dónde las realidades de esas predicaciones de fuego, de esas clarinadas de combate?...

¡Bah!...; cosa de ellos, cosa de literatura, a pura frase, donde se trabaja más el redondeo del párrafo, la sonoridad, que la brillantez del concepto, que la claridad de la idea. Con tanto titularse jóvenes, con tanta sangre ardiente, con tanta puñalada al aire, con tanta revolución en la lengua, han terminado por no creer en ella ni los mismos que la propagan, ni los mismos que, aprovechados, han construído su fábrica de papel impreso para la colectividad, y les va muy bien con ella a base de frases redondas y virilidad literaria.

En cambio, nosotros, los viejos, los conservadores como quien dice, que, «lo confiamos todo en la instrucción», hemos comprendido hace mucho tiempo la puerilidad de las balandronadas revolucionarias, lo poco que arañan en el dominio de la inteligencia, lo poco que influyen en el destino de los pueblos. Sin conciencia, sin conocimientos, no hay anhelo de independencia, no aparece la voluntad de luchar, no es posible la rebeldía en un sentido anarquista. Esto lo saben muy bien los agitadores de multitudes, los caudillos que, con pasta de sanchos, han caido, desgraciadamente, en el anarquismo.

Walter Ruiz.

Fundamentos de una idea

COMUNISMO

En los tiempos primitivos, las sociedades humanas respondían puramente a necesidades de alimentación y de defensa. La uniformidad, era la ley; y las costumbres, las creencias, las actividades y los intereses, eran siempre comunes.

El primitivo es comunista; y el hombre actual, cuando deja que domine en su interior el instinto, vuelve los ojos todavia hacia el menor esfuerzo; retôrna con el deseo a las formaciones primarias, donde todo es armonía, igualdad y orden.

El hombre que piensa, el sabio, el artista, el rebelde a toda dominación, no son comunistas.

El instinto clama por el sosiego, por la quietud, por el menor esfuerzo, por el derecho a la pereza; pero el cerebro, el pensamiento, va en pos del conflicto, tras la diferenciación, por el progreso. El instinto es previsor; no solo legisla en circunstancias de presente sobre la vida de futuro, no solo crea un sistema de vida que han de vivir otros, sino que establece de antemano su posibilidad, su certidumbre. Tanto como la inteligencia duda de todo porvenir y se aparta de aquello que puede significar una creencia, el instinto se aferra a la experiencia de pasado y resucita aquellas formas de vida que el progreso, con su complejidad y diferenciación, ha desalojado del seno de la civilización hace tiempo.

Samuel Blois.

Se ofrece un profesor racionalista para dirigir una escuela en cualquier punto de las provincias de Santa Fé o de Buenos Aires (República Argentina). Pidan informe a la redacción de EL HOMBRE.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XI

EL DECÁLOGO

V

La idea de aplicación científica que desenvuelve el hombre civilizado, es, para los efectos de la lucha por la vida, de un mérito proporcional en tiempo, al que implicaba la honda, la flecha y el hacha del hombre primitivo. La vida tiene en el sér un poderoso elemento de actividad que entraña y expresa diversos caracteres. La tendencia instintiva que enuncia en sus movimientos, exterioriza a su vez un fin de conservación. Conservarse es vivir. Pero la conservación varía por un practicismo de tiempo, tanto como éste va dotando a los seres de más eficaces cualidades, de superiores atributos, de mejores instintos.

El hombre primitivo, con una honda en la mano, es de una acción natural reducida y se predispone en contra, principalmente, si el medio no le es propicio, de los mienbros del grupo a que pertenece o de los miembros del grupo vecino. La acción del hombre civilizado, por el contrario, basada en ideas, aplicativas, se dirige más a la naturaleza, para conquistarla y desdeñarla, que a su prójimo. Su lucha tiene todos los valores de sus cualidades trabajadas y adquiridas; tiene una extensión siempre proporcional al radio abarcativo de aquellos valores. No es extraño, pues, que en las sociedades civilizadas se dividan los hombres en malos y en buenos, en virtuosos y criminosos, de acuerdo con sus sanciones y leyes establecidas. Pero el ser bueno, es la resultante de un conjunto de cualidades que traen en sí un desarrollo de biología histórica, así como lo es el ser malo. La maldad y la bondad, a pesar de ser tales resultantes cualitativas, deben interpretarse siempre en una acción limitada y en un orden relativo, pues no hay hombre bueno que por una alteración de las circunstancias de su medio no sea susceptible de ser malo y por las mismas circunstancias el hombre malo de ser menos malo. El conjunto de cualidades que emana del patrimonio biológico del sér, carece, por parte de éste, de elecciones voluntarias; es decir, el hombre no es bueno porque lo desee, sino porque *es;* así como porque lo desee no es malo, ni virtuoso, ni sabio.

Para poder explicarse las acciones humanas, tan diversas y contradictorias, es absolutamente necesario recurrir a sus orígenes y después a los desarrollos de su historia biológica y luego a los factores que constituyen su medio físico y climatérico. Sin tales antecedentes y sin tales elementos, todo juicio que se formule es injusto y arbitrario. La irresponsabilidad del sér que en filosofía biológica es el metro con que mide sus hechos psicológicos, es, por esto mismo, el principio más cierto de la ciencia. El sér, por consiguiente, es lo que es; vale decir, es en atención a su historia y a su medio.

La historia biológica del hombre, pues, es un valor o un conjunto de valores que deben multiplicarse por el valor o los valores que representan su medio, para obtener, de esta suerte, la relativa exactitud de su personalidad. «La vida es el resultado de dos factores», dice Le Dantec. Y agrega: «Siendo la *vida* de un individuo la sucesión de funciones definidas, deberemos decir que a cada instante esta vida depende de dos factores, uno de los cuales es el conjunto de circunstancias ambientes y el otro el estado estructural actual del individuo». Ahora bien, en la proporción con que se apoyen y se equilibren los dos factores enunciados, es donde pueden observarse los resultados del sujeto y sus movimientos crecientes de progreso. Malo o bueno, virtuoso o criminoso, el hombre no es otra cosa que una circunstancia biológica, perfectamente determinado por la suma de sus cualidades adquiridas. Decir que el hombre que mata, por ejemplo, mata porque quiere, es expresar una idea sin arraigo alguno de certidumbre. Y merced a esta idea anticientífica, es que existen las muchas lesgislaciones penales que imponen una caprichosa normalidad de relaciones en las sociedades humanas; es que existen, como verdaderos, los muchos errores de ética que distribuyen virtudes y castigos de responsabilidad.

El crimen, como todo lo que es una propiedad de la naturaleza y de la vida, degenera en los crecimientos ininterrumpidos de la evolución y se metamorfosea. Y adviértase que el crimen, como propiedad o cualidad de los séres, es un resultado de su conservación. De aquí, naturalmente, que el hombre civilizado se apoye en un gran haz de cualidades trabajadas y adquiridas en el curso de los tiempos y no esté tan dispuesto a la agresividad criminosa como el hombre primitivo. Sin embargo, el hombre criminoso existe y vive como formando una capa repugnante entre los cimientos de la cultura. Existe, como culminación biológica de los instintos que lo producen, como existe en grado excesivo el hombre pasional, el egoista, el hipócrita, el avaro, etc.

La historia biológica del sér, es, a nuestro juicio, la digna de investigación, de examen y de estudio, pero no el sér en sí. Gran parte de la ciencia lo estudia en el sentido que criticamos y concreta uno de sus capitales errores. El sér es la síntesis, el resultado, el sujeto, y de ninguna manera el dominante de la circunstancia biológica que lo ha conformado y determinado. La ciencia que se ocupa de estos estudios, tiene diversos métodos de investigación. Uno de tales métodos investiga la historia del sér, y es el de la biología sin mezcla alguna de metafísica; otro estudia los factores del medio, y es el de la ciencia que tanto es sociológica, como filosófica, como ética; otro es el de la ciencia penal y recurre al castigo, basado en un libre arbitrio político y de gobierno; y otro, por último, es el que responsabiliza exclusivamente a la madre y que constituye el nervio de verificación de la ciencia de Massioti. La ciencia que estudia los factores influyentes del medio, sería una ciencia de certidumbres relativas, si se apoyara sobre los hechos de la biología, pues es bien sabido que sin recursos psicológicos que desarrollar, los seres sucumben sin poder adaptarse.

Un hombre bueno junto con un hombre malo, en un mismo medio, no hará lo que éste si en su estructura no figuran las predisposiciones necesarias. En un mismo medio, en efecto, los seres describen líneas diferentes, inconcordes y opuestas. Y ello es lógico. Pero si el hombre, como lo demuestran todos sus actos, responde a los determinismos de una naturaleza histórica, ¿cómo hacerlo responsable de lo que es en la persona de su madre? No; la ciencia que así lo afirma sólo lo considera bajo un aspecto convencional. Y convencional es la ciencia de Massioti y sostenida sobre hipótesis, como bien lo revela en su cuarto mandamiento. Vedlo:

«No mates; pero tampoco intentes corregir al malvado; es tarea inútil, resultó como su generatriz-real; sin embargo, no dejes por ello de execrarlo en su madre».

No mates, como si el matar fuera algo de la elección humana, como si el hombre matara porque quisiera o dejara de matar porque no quisiera. No; el hombre mata por un determinismo biológico puro, y no mata, también, por un determinismo de su biología. El mandamiento es un absurdo. ¿Qué más deseara el hombre que mata que no matar, el hombre malo que ser bueno, el ignorante que ser sabio? Pero con quererlo no se es no criminal, ni bueno, ni sabio; el ser bueno y el ser más inteligente se adquiere por esfuerzos, cuya repercusión y culminancia siguen las mismas líneas de la evolución que van dotando de mayor cantidad de cualidades el patrimonio biológico de la especie. Y eso de no intentar de corregir al malvado, es un vano consejo, pues no soy yo, ni es ningún hombre el que puede ponerse alegre si es realmente influenciado por un espectáculo de desolación y de tristeza, ni tampoco es posible poner el espíritu a tono con un deseo escogido de aspiración. El hombre malvado me sugiere, en primer término, ideas de clemencia y después ideas de corrección. Ya sé yo que el hombre malvado, que lo sea por un determinismo biológico puro, no se corrige; pero también sé que al brindarle una idea de corrección que hiera favorablemente sus instintos, lo predispongo a una modificación de su psicología sobre los propios órdenes a seguir de su historia biológica. Lo malo fuera, y maldad psicológica sería en mí, si no intentara persuadirlo de sus maldades, si no intentara educarlo y corregirlo. Y más malo fuera aún, si en vez de considerar al malvado como la resultante de una historia biológica, tratara de execrarlo en su madre por el solo delito de haberlo concebido, obedeciendo a una necesidad vital de organización. La madre, al cumplir el funcionalismo orgánico de su concepción, no hace otra cosa que desenvolver un acto cualitativo de su ser e ignora cómo puede ser su hijo, si malo o bueno, torpe o sabio.

La inteligencia humana, en la verificación de su acciones, es incapaz de comprender y menos abarcar la historia de su biología. Los propios sabios, a pesar de serlo, tienen muchas veces en oposición sus ideas y sus actos, aquellas ideas que se esfuerzan por corregir los actos que ellos mismos efectúan, expanden y viven. Y no nos extraña, pues que el hombre biológica y psicológicamente considerado, es un conjunto de antinomías.

José 'Torralvo

Nota.—Entre las erratas deslizadas en el artículo pasado, debemos corregir una que altera por completo el sentido de una expresión. En el penúltimo parrafo donde dice: «Su postulado de ciencia matriz, es de que el hijo *es* y no puede ser de otra manera que como fué la madre al concebirlo, por el que siente involuntariamente quizás, etc.», debe decir «por el que sienta (establece) un acto de vida espontánea».

Pensamientos austeros y pretenciosos

II

A las mujeres—me decia un amigo ingénuo—es conveniente llevarlas a un terreno de franquezas, invitándolas a que desnuden su alma ante nosotros; es un sendero propicio para que concluyan por desnudar también su cuerpo... (Esto lo saben bien los sacerdotes).

La idea no es mala. Pero todo lo que se diga de la mujer, es siempre muy relativo y contradictorio. No tenemos más que observar las toilettes en uso, para convencernos de que sucede todo lo contrario: las vemos exhibirse tranquilamente desnudas—siendo ello plausible cuando el cuerpo es hermoso—y cuan difícil es, sin embargo, obtener una palabra sincera de sus labios, arrancarle un sólo trapito de los que visten su alma!

* * *

Al imponer nuestro gusto o una modalidad cualquiera de nuestro carácter, pugnamos por el advenimiento de un estado social en el que, al respetar pequeñeces de nuestra envoltura, se respete al mismo tiempo, lo que hay de más intimo y respetable en el hombre: su ideal.

* * *

Cuando se es más sincero, no se dice nunca lo que se és, sino, lo que se «quisiéra ser». Por eso, es mejor callar, así se es más sincero que cuando se habla sinceramente.

* * *

Me expones tu creencia y dises a continuación que no quieres polemizar sobre ella. O lo que es lo mismo: tan poco seguro estás de lo que dices, que sabes de antemano que te faltarán razones para sustentar lo dicho.

Cuando creemos una cosa, es porque tenemos razones para ello; y esas razones se exponen en el momento oportuno de sustentar nuestra creencia: esas razones son las que te faltan. Crees porque sí; para creer no hay razón más poderosa, ni más insensata. La fé es ciega, y los ciegos no saben donde van!

* * *

Te quiero; pero no con todo el corazón, no con toda el alma, sino con intensas vibraciones de mis nervios—cordaje bien templado de mi

sensibilidad exquisita — y con los santos, nobles y puros estremecimientos de mi carne, que ansia hacerse una con la tuya en reciproca inmolación; profunda, sabiamente...

* * *

De la misma manera que para recibir el pan eucarístico, hay que tener el alma limpia de pecado; para beber el vino sagrado de algunos genios, para ponerse en contacto provechoso con sus obras, para que nos sean comprensibles; es necesario que antes purifiquemos nuestros vestidos del olor a incienso y nuestras conciencias, de la inmensa cobardía de haber concurrido alguna vez al sagrado tribunal de la penitencia... Ah!; pero ese: ¡es un estigma irredimible!

* * *

Es en mí tan contraproducente la influencia exterior, que basta que me halle entre gentes alegres, de esas que rien sin saber porque, para sentirme triste; y cuando los demás lloran, jamás comprendo la causa de su llanto... ¡Y río! Río de verlos tan tontos, que sean capaces de enternecerse y llorar.

* * *

Alguien ha dicho que el sofista, es el oponente que conserva su sangre fria en las discusiones acaloradas. Ahora bien: ¿que distancia separa al sofista del cínico?

Sea ella la que fuere, es casi seguro que son los hombres menos impulsivos; sus actos o pensamientos están gobernados, guiados siempre por la inteligencia pura, sin intromisión de instintividades bárbaras: ambos están en un grado superior de evolución.

No cabe duda: el cinismo es una etapa de sabiduría.

* * *

Afrontar un peligro sin conocerlo, lo hace cualquiera; es necesario conocer todo su alcance, para que la prueba tenga algún valor: la temeridad de los inconscientes, no es el heroismo.

Pasar sobre un abismo ignorándolo no es ninguna hazaña: sólo un necio podrá envanecerse de ello.

Rutilio Ragni.

RENOVACIÓN

N. de R.—Los trogloditas del anarquismo, aquellos que hacen política anarquista con la asonada bullanguera, con el lenguaje motinero, yéndose como quien dice, en puro palabrerío revolucionario, en farolismo y teatralería catastrófica, le viene muy bien este artículo de R. Mella, que transcribimos de uno de los últimos números de «Tierra y Libertad».

«Obras son amores»... mas no palabras.

Que la propaganda acratista ha caido en la vaciedad de ideas y se ha hecho motinesca y bullanguera no cabe dudarlo. Mil incidentes de todos conocidos han desnaturalizado el ideal, y, si no crisis de ideas, es indudable que existe crisis de fuerzas. Reaccionar vigorosamente contra tal situación, equivaldrá a recuperar lo perdido en ya pasadas flaquezas.

No es el acratismo doctrina de conquista, aspiración de dominio, y ninguna ventaja podría derivarse de una táctica jacobinista y de asalto a no se sabe qué. Pero es lo cierto, que bajo la influencia de pretendidos radicalismos y también a causa de explicables impaciencias se ha actuado en sentido de imposibles dictaduras.

Secuela obligada de esa extraña traducción del acratismo es el hecho de que las ideas hayan ido dejando plaza a simples palabras representativas y a personalidades más simples todavía y que nada representan. Así, es frecuente que se tenga verdadero fetichismo por las voces rebeldía, revolución, huelga general, etc., y se carezca de toda noción de su contenido. Y así también ha sustituido a la serena filosoña la más gárrula verborrea; a las razones, las palabras fuertes y los adjetivos sonoros; a los sentimientos reales, las afectaciones ridículas. A la sombra de tan deleznable obra fué creciendo el fulanismo vil, que postra de rodillas a pretendidos rebeldes sojuzgados por glorias de oropel.

Este encanallamiento débese en gran parte al intelectualismo arrivista y al obrerismo petulante. Las cabriolas literarias de los unos y las vanidades ridículas de los otros han fomentado el culto a la fuerza, a la brutalidad, que convierte en héroes a los epilépticos y canoniza a los imbéciles; han borrado toda distinción entre el luchador resuelto y el neurasténico atenaceado por la manía de las grandezas; han hecho que las rodillas se doblen ante la barbarie endiosada, sin percatarse que barbarie por barbarie, la razón, la razón clara, sencilla, desapasionada, se queda sin ninguna.

No pretendo ahora formular juicio acerca de violencias que otras violencias engendran; no intento medir ni tasar la justicia o la razón de actos que la fiereza de la lucha actual trae aparejados. Quiero hacer constar únicamente que lo circunstancial y accesorio fué puesto en lugar de lo principal y permanente, convirtiendo el medio en fin.

Esta inversión de términos, así en las ideas como en la conducta, ha producido la tibieza de los convencidos, que es la crisis real del acratismo como fuerza, y también la desbandada de los ilusos, de los inconscientes y de los ambiciosos, que significa comienzo de la restauración de aquella fuerza misma. Vayan, pues, en buenhora los que habían equivocado el rumbo, y que los que han sufrido, más o menos, el desencanto de la obra truncada se aprestan otra vez a la lucha.

Hay que empezar de nuevo. Se impone una labor paciente de razonamiento, dirigida más al cerebro que al corazón; ganosa de realidades, que no de afectismos. La experiencia nos muestra como es necesario retornar y persistir en la propaganda de ideas que tiene realidad en la conducta y se traduce en lecciones de hechos, más eficaces y elocuentes que las más elocuentes palabras. Así y sólo así resurgiremos firmes y fuertes a la lucha, descuidados de los que se van y de los que se rinden.

La hora presente es de crisis para todas las fuerzas militantes y para todas las conciencias despiertas. Culmina el espíritu de crítica y se siente el trepidar de derrumbamientos inesperados. Y sobre las presentes deleznables contingencias, es menester que hagamos destacar en toda su sencillez y en toda su pureza nuestro ideal, la aspiración de justicia, de libertad, de igualdad y de amor que sintetiza. Es preciso que en medio de las turbulencias de la conciencia pública, atormentada por ruines pasiones, reanudemos la caminata, un momento interrumpida; nos alcemos serenos entre las ruinas de tantas cosas que se vienen al suelo; que nos abramos paso resueltos a triunfar sin preocuparnos del cuándo y del cómo. Que ni las cruentas iniquidades de arriba ni las violencias de abajo sean bastante poderosas para desviarnos, precipitarnos o detenernos. Hagamos nuestro camino apesar y no obstante todas las brutalidades ambientes.

No desconozco que sin la pasión, que acaso sin fanatismos, sin vehemencias individuales, sin terribles sacudidas de las multitudes perduraría por siempre y para siempre el imperio de la fuerza organizada. Pero sin clara conciencia de la justicia ideal, sin profundo conocimiento de la aspiración sentida, nuestro triunfo sería momentáneo y remache seguro de la cadena que amarrados nos tiene a todas las servidumbres.

Por eso es necesario que atendamos más a los resultados remotos que a los inmediatos, barriendo con mano vigorosa todos los exclusivismos que falsean o mutilan la concepción acratista; dando de lado a tópicos y plataformas que no encajan en una doctrina de libertad; repudiando delirantes actuaciones y trasnochados radicalismos sin cobardes sumisiones a convencionalismos nuevos, tan dañosos como los viejos. Por eso es indispensable que, sin desdeñar las luchas de momento, pongamos la vista en la lejanía que asegura la realización de todo el contenido de nuestras doctrinas. Por eso se impone, en fin, la renovación de la labor propagandista, ennobleciendo, a su influjo, hombres e ideas, que no en vano la experiencia nos alecciona.

Renovemos, pues, y agrupémonos estrechamente para la realización feliz de este empeño de ensanchamiento y de difusión de nuestras ideas. Y que la renovación sea como el resurgir a vida nueva en la que borrados queden los últimos residuos de preocupaciones y errores en que todos hayamos podido incurrir.

R. MELLA.

PERFILES

I

Vencerse a sí mismo es el más grande y meritorio esfuerzo que el hombre puede realizar en su vida. Pero el hombre odia por temperamento, por voluntad y por educación, este noble ejercicio. Más que entablar lucha contra sus pasiones desorbitadas, y contra sus sentimientos de baja categoría, y contra sus ideas de dudoso gusto y de dudosa integridad, gusta vencer al prójimo. ¿Qué norma de conducta implica eso de «vencer al prójimo»? No tienes que inquirir ni que filosofar mucho para saberlo. Vencer al prójimo y vencerlo por los medios más dolorosos, es la lucha suprema de nuestros días. Examina la trayectoria que sigue una acción de doble fondo, trágil de humanidad y rebosante de malicia, observa las expresiones no caracterizadas y las ideas ambiguas y advertirás cómo se vence.

El hombre es mirado y juzgado por el hombre como un enemigo y no como un hermano, ni siquiera como un semejante. Su espíritu está lleno muchas veces y muchas veces rebalsa de maldad. ¿Por qué? Este por qué es la equis de una ecuación. Lo cierto es que por educado que se manifieste, por fino que se te antoje, por instruido que te parezca, no tienes en el hombre a un hermano, ni siquiera un semejante; tienes a un enemigo. ¿En qué hora de su actividad podría sorprenderse, mirándose en el fondo de todas sus miserias y como arrepintiéndose de ellas o pensando e intentando un esfuerzo para anularlas?

II

Tú tienes siempre un saludo estudiadamente amable para todos los que desempeñan y representan puestos de altura. Vives consagrado a esta reverencia y es tu característica cumplirla con los mejores anhelos, aunque no desconoces que tienes que realizar un trabajo de acrobacias y de puerilidades repugnantes. Ah, las alturas te trastornan y te embriagan antes de llegar a ellas. Pero tú tienes un ideal: subir, ascender. Y tienes la esperanza de conseguirlo, pese a las mil arrugas a que sometes tu espíritu y tu cuerpo. Mas cuando logres subir a una altura cualquiera por ese trabajo de audacias de que eres un artífice perfecto, ¿cómo te comportarás con los que tantas veces has sonreido, has adulado, palmeado, encomiado y tratado como potencias de primer orden? Entonces serás un igual a ellos y harás por presentarte en un conocimiento recíproco; y como aún quedarán alturas que se superpongan a la tuya, tus reverencias de artífice las dejarás para los que en ellas lucen los entorchados de sus posiciones.

Ah, el día que llegues a la vejez, el único ejemplo que de tu vida podrás enseñarle a tus nietos, es el ejemplo que nos muestra la vida del gusano en su condición triste de arrastrarse para avanzar y trepar.

III

Una idea se agita en tí perennemente que sólo busca el predominio sobre mis ideas. Tu convicción, sentida o simulada, acaso no la defendieras con tanto ahinco, sino te animase el propósito de vencer mi convicción. ¿Y qué te propones o qué persigues con esta pugna? Mis ideas no estorbarían a tu idea deseosa de predominios, si tú realmente la sintieras como animadora de tu personalidad y dueña de un espacio propio, con su luz, con sus colores, con sus imágenes y con sus vibraciones. Pero te falta este sentimiento que es el que avalora la verdadera conciencia del sér, en equilibrio con el mundo que le rodea.

Predominar por medio de una idea no es un propósito, aunque a ti te lo parezca; es una resultancia que el hombre que la posee la exhala como un perfume. Mas son tan escasos los hombres que sienten esa idea, que apenas si son perceptibles en una generación o en una época.

Uno.

Leyes proteccionistas

Son conocidas nuestras ideas, el concepto que nos merecen las leyes proteccionistas del obrero, el sentido negativo que damos a la intervención del Estado en los problemas económicos, que son, como se sabe, del dominio exclusivo de los

trabajadores. Sábese, que rechazamos todo aquello que nos llegue como una gracia, como un obsequio, que solo apreciamos, lo que se merece por capacidad y esfuerzo propio, que juzgamos, que toda mejora económica de los trabajadores, deben conquistársela por sí mismos, deben merecérsela, tanto por su fuerza gremial y espiritu solidario, como por su inteligencia. Decimos esto, porque es una triste realidad el apocamiento del gremialismo en este país, donde los trabajadores están muy atrás de los políticos, muy atrás de las leyes un tanto socialistas, bien en vigencia o en vísperas de sanción.

Días pasados, el diputado Echevest, ha presentado un proyecto de ley que no puede mirarse con indiferencia. Dicha ley, en caso de probarse tal cual está concebida, es verdaderamente socialista. No se le puede negar cierta valoridad, no se le puede decir, así, de una plumada, que no sirve. Aquí, donde los trabajadores son incapaces de conquistar las mejoras por sí mismos, viene la ley en su ayuda. Será vergonzoso esto, pero es fatal.

El proyecto de ley de Echevest, suprime el trabajo a domicilio. Elimina esa competencia inconsciente de trabajador a trabajador, la explotación que se opera sobre las obreras y obreros a quienes se le paga por pieza, excitando en ellos el interés, hasta punto de quebrantar la salud por exceso de trabajo. Por el artículo 1.o. fíjase un jornal mínimo, idéntico para ambos sexos, de 1.50 por día para mayores de 16 años, y de 0.60, para menores de esa edad. Por el 2.o, establécese que toda fracción de día por mínima que sea, debe retribuirse con el salario correspondiente a medio jornal. El 4.o, fija el sueldo mínimo para los empleados por mes, en 35 pesos para los mayores, y 15 para los menores. El 5.o, fija a todo empleado mensual, una licencia de veinte dias con goce de sueldo por cada año de trabajo. El 6.o, suprime el trabajo a domicilio, terminando con esa vil explotación de que se hace objeto a la mujer especialmente, en el ramo de confección de ropas, y también la competencia entre obreros del ramo en calzado.

Como lo hemos dicho, es triste, muy triste, que los políticos adelanten a los trabajadores, que tomen ellos la iniciativa de mejoras que debian ser conquistadas por la acción directa de los obreros mismos.

Maximalismo y anarquismo

Nos enteramos, que gracias a un artículo de A. Caifano de Buenos Aires, *recién se le brinda una oportunidad a la redacción de «La Batalla»* para aclarar los muchos equívocos de su propaganda sobre la revolución rusa. La sinceridad de esa declaración queda en el indice. Desde mucho tiempo atrás venimos diciendo desde EL HOMBRE, lo que hoy repite Caifano, pero a nosotros no se nos tomó en cuenta. ¿Por qué?... Eso debe ser muy anarquista. En toda ocasión, en el campo anarquista, se acostumbró la sinceridad, decir las cosas y sostenerlas, frente a quien sea, aun que nuestro contrincante nos resulte a la postre un enemigo personal.

Habiamos de llegar a tiempos tan menguados y con propagandistas tan mezquinos que imitaran el gesto muy burgués, muy estupido también, de, «con Vd. no discuto, no está a mi altura». ¡Caramba!

EL HOMBRE, ha repetido muchas veces que era torpe y malo deformar las ideas anarquistas, hacerlas derivar hacia el maximalismo. No solo no se nos contestó, si no que se puso empeño en usar de un cómodo recurso: afirmar simplemente que los rusos vivían en plena anarquia, transcribiendo de los diarios burgueses lo que les convenía. Se explotó la ocasión—como ellos dicen—se le sacó el jugo a las circunstancias, se transformó la cuestión rusa en un recurso de agitación, en vez de discutir serenamente y ponerse en el buen camino. Se fué lejos, tanto, que hasta se prestigiaron iniciativas que condujesen a constituir una fuerza con toda clase de elementos, (socialistas, sindicalistas y anarquistas) para que todos juntos llevasen a la práctica un programa parecido al de los revolucionarios rusos.

Se glorificó a Lenin, se puso al *compañero* Trotski por los cuernos de la luna, callaron sistemáticamente ante los ataques de «El Socialista», que en repetidos números decía, si los anarquistas éramos partidarios o no partidarios del gobierno según las ocasiones. En una palabra, hasta con aquello del «vehiculo en peligro», se pretendió justificar lo injustificable, es decir, que las «minorías inteligentes» fueran gobierno algun día, que los anarquistas, en presencia de ciertas circunstancias, llegasen al gobierno, dejando de ser anarquistas para salvar a la sociedad. Y por último, se está abusando jesuiticamente de los puntos suspensivos, callando insidiosamente lo que se debe decir, y eso no es de anarquistas, o por lo menos de los que por tales los estimamos.

José Tato Lorenzo.

El parto de León XIII

Conmemorando la sacra fecha del 15 de Mayo, aniversario del luminoso parto en forma de enciclica de S. S. León XIII, han confesado y comulgado los juveniles y santos varones de la democracia cristiana, limpiando su alma de muchos pecados mortales que la agobiaban y obscurecian.

La misa fué oficiada en Paso Molino por un tal Ardino—según dice el «órgano»—«ayudado por el conocido campeón footballista, joven Saporiti»...

Quedamos enterados de que el «joven» Saporiti, tiene aficiones tan simpáticas como la de ayudar a misa, lo cual, juntamente con sus viejas mañas de traidor de los trabajadores—crumiro—como es de dominio público, lo sindican como un perfecto demócrata cristiano.

Nos olvidábamos decir que, en el local de la calle Hocquart, repartieron caramelos a las obreras y obreros que concurrieron a una conferencia nocturna. Sumaban en total veinte.

Diz, que entre tal gente, se hallaba «un gran amigo de los obreros», el padre Grote. Los caramelos, tenian la misión de endulzar el paladar a quienes pasaron por la amargura de escuchar una latosa perorata del insigne Campos Turreyro. Al fin y al cabo, bien se ganaron esa compensación, que reputamos justisima. Felicitaciones máximas al autor de la idea.

Obreros Repartidores de Pan

Están en huelga estos obreros. Valientes, decididos, han hecho de la acción directa el arma de sus conquistas. Las calles de Montevideo ya conocen la acción de los repartidores de pan. Han volteado jardineras, han ensuciado con petróleo el pan, han apaleado crumiros y, si siguen así unos días más van a triunfar completamente. De la policía, no hablemos, como siempre, es dura y criminal para los huelguistas. Son muchos los detenidos.

El Lunes 24 del corriente se reune el gremio de panaderos. Una huelga de todo el gremio es probable, y su éxito, está descontado.

Adelante!...

DESDE CHILE

La propaganda anarquista y el movimiento obrero

(Continuación)

Por el mismo tiempo en que en Santiago se fundaba «La Batalla», en Valparaiso adquiría gran auge el movimiento obrero. Fué aquel tiempo de mucha actividad; se organizaron varias sociedades de resistencia, las que constituyeron la Federación Obrera Regional de Chile. Muy agitada fué la fugaz existencia de esta corporación: huelgas, mitines de protesta y de propaganda; se hizo algo de todo, siendo de resonancia las huelgas que patrocinó. Pero, por motivos que no habría ahora para que citar, pronto se vino abajo. Hoy queda de ella nada más que el sello—así como de algunas de las sociedades que la integraron—el que suele ser usado de vez en cuando para hacer citaciones, a las que casi nadie responde. En realidad de verdad la Regional no existe, ni su nombre tiene prestigio. En su caida hubieron culpables, y tanto mayores cuanto que cayó desprestigiada a pesar de la obra buena que realizó.

Después la organización ha seguido como antes de esa época, siendo en su mayoría mutualista y politiquera y algunas sociedades, las menos, un compuesto híbrido de mutualismo y resistencia, como se comprenderá, de escasa eficacia en cuanto a lo último. Ultimamente se ha organizado la sociedad de zapateros (con el nombre impropio de Federación, nombre que adoptan la mayoría de las sociedades) que constituye, con la Unión de Estibadores y Gente de Mar, las excepciones. Dicha sociedad se organizó estimulado el gremio por el crecimiento y vigor asombroso de la organización, de su omónimo de Santiago; y al hacerlo parece (no podría responder de ello) que ha corregido algunos errores y vicios que se ven en ésta. De modo que la Federación porteña se acercará más, talvez no del todo y puede que sí, al sindicalismo revolucionario.

En Viña del Mar, población contigua a Valparaiso, como, por ejemplo, Belgrano a Buenos Aires, tambien hay sociedades de resistencia, que consultan, no obstante, ayuda para enfermedades y defunciones. Se hubo de recurrir a esto en vista de que los trabajadores, demasiado ignorantes y obtusos, amenazaban desbandarse por completo atraidos por las sociedades a base múltiple de los socialistas.

Los compañeros que en esas sociedades actuan hacen un esfuerzo enorme, que quizás no compensarán los frutos que obtengan, para mantener la organización en pie y a raya a los socialistas, quienes de dominadores que eran en ese ambiente han quedado en segundo término, habiendo perdido popularidad y viendo desmembrarse una sociedad y desmoronarse el edificio electoral que con paciencia habían levantado en varios años.

Los trabajadores de mar están divididos en varias sociedades, de las que por excepción no es mutualista la Unión de Estibadores y Gente de Mar. Durante la última huelga quedaron nominalmente formadas dos sociedades más en las condiciones de la anterior; pero me parece que no ha pasado de ahí y que no se las puede tomar en cuenta como tales.

Aquella institución existe desde hace mucho tiempo, no se cuantos años; pero sí que ha estado al frente de ella como secretario general, un obrero que lucha entre los trabajadores de mar lo menos hace diez años. Esta sociedad no tiene estatutos—o si los tiene han caido en completo desuso pues yo jamás he oido hablar de ellos—y sus socios no pagan cuotas; los gastos que se originan se cubren—con alguna dificultad—por suscripción voluntaria y el pago del local con el producto de funciones que se dan con ese objeto; no hay, pues ninguna clase de fondos en dicha sociedad; pero cada socio, como medida de previsión para caso de huelga, tiene una libreta de la Caja de Ahorros, en la que debe imponer mensualmente una cuota cuyo monto no recuerdo y que no puede retirar sin el consentimiento de una persona —secretario u otra—que figura como imponente con cada socio. La falta absoluta de consciencia no diremos revolucionaria, sino obrera, ha hecho necesaria esta medida, cuyo cumplimiento posiblemente no anda muy bien.

Solo con la última huelga me vine a interiorizar un poco en la Unión de Estibadores, así es que no conozco debidamente como han actuado en esta sociedad y gremio el obrero citado y aquellos que de vez en cuando le han ayudado; de modo que al constatar la triste realidad de que fuera de él no hay otro en todo el gremio, ni en toda la gente de mar que conocí, que tenga mediana consciencia de los problemas económicos y sociales que se debaten, no sabría decir si se debe el ningun éxito en este sentido a insuficiencia de la propaganda o a que el terreno en que ha caido ha sido roca pura.

Juan F. Barrera.

(Continuará)

NOTAS ADMINISTRATIVAS

P. Job.—Recibimos un nacional.
F. F. nos mandó 3 pesos suyos.
A. Allicir.—Idem un nacional.
Ramoneda.—Id. 7 id. Escribiremos
A. Mari.—Mande en giro postal.
J. Gonzalez.—Fué carta en la que acusamos recibo de 12 nacionales; fueron 150 ejemplares; va la misma cantidad.